

PRÓLOGO

No soy la protagonista de este relato y juro por los venerables dioses de los ateos que tampoco lo he inventado. No soy la protagonista ni seré la narradora, tan solo me esfuerzo en hilvanar con puntadas que temo torpes un escueto pero necesario pórtico. Me corresponde hacerlo, pues de no ser por un azar relacionado con mi persona, tal vez nadie más hubiese conocido esta historia insólita aparte de aquellos que hace cuarenta años la vivieron. Más aún: hubiera quedado inconclusa, como se podrá comprobar llegado el momento.

Mi nombre es Arabella Krumm, de padre alemán y madre española, treinta y cinco años, recién divorciada. Acabo de regresar a Düsseldorf, han sido mis primeras vacaciones sin Hans tras una década de unión. Las he pasado en Barcelona. Viajé sola, me era preciso hacerlo así. Sabía algo de la ciudad; mi madre se crio allí, también mi abuela.

He conocido a un hombre. Alto, flaco, fibroso, el pianista del hotel donde me alojé, un español de ascendencia italiana. Solitario pero efusivo, guapo a su manera. Me gusta su modo de tocar. La primera noche que lo vi, aproveché uno de sus descansos para aproximarme al lugar que ocupaba y rogarle que en el siguiente pase incluyera una canción cuyo título siempre he ignorado; se la tarareé. Me examinó como si lo interpelase una criatura de otra galaxia. Tras un lapso que se hizo interminable cabeceó afirmativamente. «Puedo hacerlo», dijo mirándome a los ojos con enigmática firmeza. Se diría que alguien lo hubiera agraviado poniendo en cuestión su destreza o su atrevimiento. Sus cojones, como dicen en España.

Reservó mi petición para el final. Luego, al abrigo de los aplausos que prodigábamos los presentes en la sala, cerró la tapa del piano despacio, con la expresión concentrada de quien recluye a un espíritu que acaba de manifestarse o a un animal salvaje que de permanecer libre podría malherir a algún inocente. Había una explicación para tanta cautela; yo aún no sabía, lo supe días después.

Buena parte del público desocupó enseguida la sala, sería casi la una. Deseaba continuar allí; la música de Juan y en particular su última balada habían acentuado mi condición melancólica. Entiendo poco de música, pero algo más de pasiones. El piano despedía por momentos sangre y fuego, desdiciendo ese porte apacible, esa aura serena y paciente que Juan solía desprender, como tuve ocasión de apreciar durante una semana, en tanto se mantuviera alejado del instrumento. Anhelaba saber algo más de ese hombre misterioso.

Se dirigió a la barra. Un risueño joven de rasgos árabes sirvió, sin mediar palabra de uno ni otro —o eso me pareció en la distancia—, un *whisky* con dos cubitos. Resultaba evidente la complicidad entre ambos. Sosteniendo su vaso en la mano izquierda, avanzó hacia la mesa que yo ocupaba y solicitó permiso para sentarse; lo concedí complacida, expectante. Charlamos acerca de Barcelona y Düsseldorf —conocía bien mi ciudad— mientras los camareros recogían. Y seguimos haciéndolo respecto a muchos otros asuntos cuando nos dejaron solos; se confiaba en él, era de la casa, con naturalidad franqueó varias veces el umbral de la barra más tarde, los camareros ya ausentes, para abastecer los vasos. Trajo también, a falta de ceniceros, un platito donde dejar las colillas. Me encantó fumar allí, perpetrar esa módica burla a la ley. Al mediodía vino una resaca tremebunda, supongo que también él la padeció: estuvimos bebiendo y fumando hasta las seis de la mañana. Fue el comienzo, o acaso había acontecido ya durante mi tarareo, de una amistad cuya hondura no

podía imaginar, mucho menos pude siquiera vislumbrar hasta qué punto removería Juan mi pasado.

Nos vimos seis días más, todos los que estuve en Barcelona. En su noche libre me llevó a cenar a un restaurante sencillo, encantador, en el barrio de El Raval, lamento no recordar su nombre. Pasamos una mañana entera en el Parc Güell; un calor húmedo y desvergonzado encanallaba la piel, restregándose contra ella. Conocía bien el monte; me mostró bellos rincones ofreciendo datos y anécdotas que acaso ignore el común de los guías turísticos. Otro día fuimos en el tren de la costa a la playa de Sant Pol de Mar, una preciosa hora de viaje hacia el norte, el Mediterráneo siempre a nuestra derecha, más de una playa nudista expuesta a la mirada de los viajeros. Almorzamos en un chiringuito. Nunca había probado almejas a la ginebra, exquisitas. Llamó mi atención su manera de penetrar en el mar, no poco a poco como hacemos la mayoría, ni tampoco a toda prisa como hacen otros, sino con paso calmoso pero resuelto, sin detenerse, manifestando un sentimiento que estimé a medio camino entre el respeto y la devoción. El viernes, víspera de mi regreso a Düsseldorf, me invitó a comer en su casa de Vallvidrera junto a unos amigos: Pepe, Enric, Charo. El primero pasó la mañana en la cocina derramando arte: chipirones rellenos de setas, atascaburras, morteruelo, camembert frito rebozado en mermelada de manzana.

A lo largo de una efímera semana me sentí feliz junto a este hombre sensible, atento, ingenioso. Lástima que tenga sesenta y tres años, si yo tuviera veinte más... Aclaro que no me lo llevé al huerto —adoro esta expresión española—. Me gusta su pelo enteramente blanco, las grietas de su rostro y frente que parecen atestiguar una vida plena, y no me agrada menos ese aire de sabio distraído y escéptico que lo distingue.

No dejo de agradecer al destino un casual encuentro previo. ¿Fue casual? Eso creía, ya no estoy segura después de leer los cuadernos que Juan me obsequió. Dos

meses antes, en la fiesta de cumpleaños de mi amiga Frieda, conversé con un español alto y fuerte, de piel morena, a quien nunca había visto. Hablaba alemán fluido y sin acento, su voz era muy grave. Cuando le anuncié mi intención de viajar a Barcelona insistió en recomendarme el hotel donde luego me alojé y di con Juan. Si me dijo su nombre no lo retuve. Días más tarde pregunté a Frieda; hice una descripción, recordaba haberme visto charlando con él, pero no lo había invitado, ni siquiera lo conocía. Puede que llegase acompañando a alguien; pasó mucha gente por allí, aunque observé que abandonaba solo la reunión. Más bien sospecho que se coló en la fiesta. Y que no habló conmigo por azar. No tengo queja, al contrario.

Ayer, sábado, 5 de septiembre de 2015, tras ultimar a primera hora de la mañana los trámites para dejar el hotel, me sorprendió ver a Juan en un lateral del vestíbulo. Nos habíamos despedido la víspera, él mismo encargó por teléfono el taxi que a la mañana siguiente, temprano, me conduciría al aeropuerto de El Prat. Solo cuando reparé en su presencia vino hacia mí con una sonrisa, su rostro fatigado delataba una noche en vela. Dejó entre mis manos un abultado sobre color beis: «Es un regalo que quiero hacerte». Faltó tiempo para más, el taxi aguardaba a la puerta del hotel.

Rasgué el sobre en el trayecto hacia El Prat. Cobijaba siete viejos cuadernos tamaño cuartilla, manuscritos en tinta negra levemente difuminada, números romanos del uno al siete sobre sus cubiertas, hojas deslucidas, exhaustas, derrotadas por los años, tapas raídas color azul moribundo. Hojeé esas páginas amarillentas experimentando una pujante intriga que no quise satisfacer en aquel entorno de escasa intimidad. Restituí los cuadernos a la envoltura beis ahora desgarrada y la metí en mi pequeña mochila.

Ya en el avión, al rato de despegar, agraciada con los desocupados asientos contiguos, comencé a leer despacio, saboreando cada frase; leía imaginando la voz

de Juan. Poco antes de que el comandante ejecutase las maniobras de aterrizaje en Weeze concluí el primer cuaderno.

Tomé el tren a Düsseldorf. El vagón abarrotado no resultaba propicio para seguir leyendo a Juan. Leí las llanuras verdes, los árboles, las casas desperdigadas en la lejanía. Al llegar encargué pizza, me di una larga ducha, tomé una Hofbräu. Comí la pizza mirando el canal de noticias, miles de refugiados sirios e iraquíes llegaban a la estación de München; bienvenidos sean. Preparé café, me serví *whisky*, puse a Billie Holiday. Silencié el teléfono, lie cinco cigarrillos de Pueblo (había comprado diez paquetes en el *duty free* de El Prat) para evitar ulteriores pausas y me atrincheré en el sofá con los cuadernos. Acaricié las cubiertas. Olfateé las cuartillas, su tinta prehistórica. La letra era clara y de trazo firme. Disfruté, reí, lloré mares de emoción hacia el final.

La luna se alzaba cuando cerré el último cuaderno. El que más me conmovió, el que me dejó estremecida y desmadejada. El que provocó un cataclismo en las entrañas de mi memoria.

Juan había escrito los seis primeros en Marruecos cuarenta años antes —restaban cinco para mi llegada al mundo, calculé—, cuando contaba veintitrés. Aunque las hojas aparecían igualmente amarillentas, la tinta recia del séptimo revelaba —ya lo hacían también y mejor las propias palabras— su reciente factura. Lo escribió en Vallvidrera la noche previa a mi partida, de ahí su rostro somnoliento a la mañana siguiente. Tenía sus motivos para ese abismal silencio entre los cuadernos sexto y séptimo, nada menos que cuatro décadas; deliberada mudez que yo, sin sospecharlo, le moví a revocar.

Jamás he recibido un regalo más hermoso. Pocas veces me he sentido tan triste, tan dichosa, tan viva como al culminar la lectura.

Clausuro aquí este atrio que he pretendido «austero y decoroso» y sin más demora entrego la palabra a Juan Scatagliota.

CUADERNO I

*A la sangre siciliana que por mis venas fluye.
Al monte Buciero.*

Ahora que Lydia se ha ausentado de Essaouira y acechan cuatro meses sin su dulce compañía, parece presentarse una excelente ocasión de practicar el ejercicio placentero y peliagudo de la escritura. Acojo el propósito de rellenar los siete cuadernos de tapas azul marino que reposan —uno abierto, seis cerrados— sobre esta mesa que en otro tiempo fue cedro.

Acabo de comprarlos en la tienda de mi honorable amigo Karim tras un regateo ficticio, repleto de supuestas astucias. Así obramos desde hace meses, por más que ambos conozcamos cuál será el precio final por cuaderno. Quién sabe si Karim estima la escaramuza inapelable deber de mercader bien nacido. Trátase, en todo caso, de costumbre que a él divierte y a mí place. Tanto más cuanto mayor sea la concurrencia, pues con tal rutina luzco ante la población nativa, siempre catasalsas, mis progresos en el manejo de la lengua árabe. También a los clientes que aguardan turno parece agrandar la pugna entre Karim y el *gaurí* —así nombra esta buena gente a los extranjeros—, y con sobrios cabeceos aprueban unas veces, censuran otras, las palabras que formulo con lengua de trapo. No acabo de discernir si sus mudos veredictos, esos cabeceos como sentencias, aluden a mis facultades para el regateo o a mi pronunciación de la lengua aborígen.

El primer perro que vi en Marruecos estaba muerto. Recién muerto, según creo. El animalito yacía a la vera

del solitario camino, ovillado, discreto, como queriendo no importunar. Era de noche, pero había buena luna. De su cabeza desvencijada brotaba un manantial de sangre difunta, bosquejando un lecho que veteaba en rojo el asfalto. Había soñado con ese perro muerto —era exactamente ese— no mucho antes: un sueño premonitorio. Lydia dormía en el asiento trasero, yo ocupaba el puesto de copiloto. Brahim, el chófer bereber que nos había recogido una hora antes en el aeropuerto de Marrakech, orilló el Mercedes azul como la turquesa y lo detuvo unos metros más allá. Se apeó y retrocedió con zancada poderosa. Confieso que por mi sesera —nunca antes había pisado yo suelo musulmán— deambuló este absurdo pensamiento: «Ha bajado del coche para darle cristiana sepultura». Al punto me corregí: «Sepultura no, y cristiana menos». También yo bajé del coche, avancé unos pasos. Según pude observar desde no lejos, Brahim se limitó a verificar la defunción y desplazar delicadamente al finado hacia la cuneta, amortajándolo en su ternura. Ejecutó la maniobra con sumo respeto, con cierto halo de hermandad. La luna africana me alumbraba el trance.

Retornó cabizbajo, pálido, ahora el paso melancólico. No era para menos, venía de tocar a la muerte con sus propias manos aún trémulas. Percibí algo particular, no acierto a precisar qué, en su modo de arrancar el Mercedes y abandonar el lugar. Le ofrecí un Winston encendido y prendí otro para mí. A lo lejos se advertían los contornos de Chichaoua, restaba más de medio viaje antes de alcanzar Essaouira. A nuestra espalda, estrellas insomnes centelleaban compasivas sobre el remanso de sangre.

Más tarde, guarecidos Lydia y yo en esta casa donde hoy escribo con un bolígrafo de tinta negra, ese perro muerto —que había de sentirse solo, pobre mío— anduvo hurgando en los laberintos de mi conciencia, escarbándome el alma en busca de un semejante. No conforme con uno, desenterró tres. Su hallazgo me

zarandeó en lo muy hondo, ¿cuándo los había olvidado?, ¿cómo había podido...? Traté de acotar el tumulto en mis profundidades, pero ella lo entrevió: «¿Qué te ocurre, Juan?». Le hablé de Zeta y sus hijos, Rómulo y Remo. Le entregué los recuerdos que este trío resucitó en mi memoria.

Tendría yo siete años por la época en que Zeta, una perra loba que padre había recogido tiempo atrás en la carretera, parió seis cachorros. Eran las vacaciones de Navidad, pasaba horas contemplando sus ojos semicerrados, revestidos de magañas diminutas, las patitas y orejas, sus esforzadas maniobras para engancharse a las tetas. Me gustaba verlos mamar y después arrimarse unos a otros en busca de calor, tomarlos en mis manos, rozar las ásperas lenguas de un rosado blanquecino, sentir en las palmas y las yemas de mis dedos su suave pelambre, el tacto sedoso de los vientres mientras Zeta escudriñaba de reojo —no inquieta pero sí vigilante—, observar sus alegres jugueteos, sus graciosos bostezos y estiramientos, el regodeo con que disfrutaban el poco sol. Por aquellos tiempos, hablo de 1960, no había televisión, al menos no en mi casa. Los niños accedíamos a los secretos de la vida en forma espontánea, cercana, verídica.

Padre y madre no eran entusiastas de endosar leyes; sin embargo, imponían una inquebrantable: el respeto a todo ser vivo, ya fuese animal o vegetal. Claro que ni siquiera ellos cumplían a rajatabla: era preciso ajusticiar a las hormigas si descifraban la ruta hacia el tarro del azúcar o la harina, a las cucarachas, a los ciempiés imprudentes o solo desnortados que de tarde en tarde se aventuraban dentro de casa, a las ratas famélicas que asediaban el gallinero ávidas de presa jugosa y fácil... Cierta noche padre escopeteó a un zorro reincidente, que insistía en intimar con las gallinas —es de creer que con la boca hecha agua— tras haber irrumpido triunfalmente la víspera, con agravante de nocturnidad y atenuante de hambre, rubricando la parranda con un

maremágnum de plumas descalabradas y sangre marchita.

Dios, bondad infinita, había creado un mundo hermoso, pero perdurar en él no era cosa fácil. Sus criaturas debían devorarse unas a otras para llegar a ver el siguiente amanecer. A lo mejor en la catequesis sabían lo que se decían y Dios era muy bueno, vale, de acuerdo, malo no podía ser, pero un poco chapucero quedaba claro que sí.

La casa se ubicaba en la ladera y de ahí a la cumbre se propagaban cientos de árboles de todas las especies y un bosque de eucaliptos; qué bien olían. Yo tomaba al monte por un ser gigantesco, pletórico de misterios, digno del mayor de los respetos. El monte lo veía todo.

Mi favorito entre los árboles era un sauce de ramas asustadizas —o puede que solo fueran holgazanas, o vergonzosas— que se doblaban hasta el mismo suelo en busca de cobijo, de modo que entre ellas y el tronco nacía sobre la hierba una cueva acogedora, una cabaña, un útero de propina espacioso y verde. También estaba cerca de casa el cerezo robusto y presumido, alto, recio, que sabía hermosearse de rojo o blanco según las estaciones. Resultaba inmejorable para el alpinismo y encima daba sabrosas cerezas, pero el sauce era mucho mejor. Cómo vas a comparar.

A menudo sentía que los árboles me abrazaban, o sea, no es que rodeasen mi tronco con sus ramas y me plantasen palmaditas en la espalda o el codo con sus hojas, sino que yo notaba cómo me envolvían de pies a cabeza en algo invisible, y eso me causaba un regocijo diferente al concedido por un abrazo de los normales, los que me daban en casa o en el patio de la escuela al meter un gol. Una vez se lo conté a la tía Flavia y ella respondió que eso no podía ser: lo único cierto era que yo tenía la cabeza llena de pájaros. Ya nunca se lo dije a nadie más. Renuncié para siempre a mencionar que en ocasiones los árboles me hablaban. Sin palabras, su lenguaje era otro.

En un tiempo iba de visita donde el sauce todos los días, aunque solo fuese para un rato. Apartaba sus ramas con mucho mimo, dejaba que Zeta pasara primero y detrás entraba yo. Ya dentro los dos, contemplaba sus ojos y ella también indagaba muy atenta los míos, y ese mirar entretendido me otorgaba una certeza: Zeta sí me comprendía, ella jamás pensaría en cabezas llenas de pájaros, porque en la lumbre de sus ojos grises, en la lengua palpitante y en su resollar yo leía el mismo gozo que rebosaba de mí en presencia de los árboles. Zeta era mi hermana. No siempre la llevaba conmigo, pues sin tino temía que el sauce le tuviera celos, y al revés. Cuando abrazaba el tronco, tendido sobre la hierba que apenas alcanzaban el sol ni la lluvia, y le repetía que yo de mayor quería ser sauce, un sauce tan bueno como él, Zeta me miraba con ojos melancólicos, leales, lamentando sin rencores que no quisiera yo ser perra, una perra tan buena como ella. Acariciaba entonces la pelambre noble de su cabeza y ella celebraba el desagravio lamiéndome la cara de abajo arriba: «Te perdono que no quieras ser perra», parecía decirme. Zeta era buena a chorros.

La tía Flavia era buena también, claro que sí, pero aguanta tú la lógica del asunto: resulta que los árboles no podían abrazarte, no señor, eso no podía ser, pero los pájaros sí acertaban a metérsese en el cráneo. Los mayores no tenían arreglo. Decían cosas a veces que ni los locos, y se quedaban tan panchos.

Los mayores, que tanto sabían, ni se coscaban de las cosas importantes de la vida. Habían olvidado cómo mirar. No entendían ni jota, eran como burros con anteojeras, y encima solían estarse muy serios todo el santo día. Así eran, pobrecitos, unas veces aburrados y otras aburridos, qué le íbamos a hacer. Habría que andar con ojo para no acabar un día igual que ellos. Pero también es verdad que de vez en cuando se volvían divertidos; entonces, si te fijabas un poco, notabas que se les había

puesto cara de niño. Algunos adultos eran caso aparte, echaban magia por las orejas.

El tío Beppo, alto, fuerte, tez morena con profundos surcos, pelo ralo, era el segundo de los cuatro hijos que trajo al mundo mi abuela Giuseppina: Alfonso, Beppo, Flavia y Renzo, mi padre. Podían pasar años sin que Beppo apareciese por el pueblo; yo no lo conocí en persona hasta después de mi octavo cumpleaños. Disfruté su compañía, sus enseñanzas y sus embustes durante cuatro días consecutivos y no volví a verlo hasta un lustro más tarde. Su único domicilio era la mar. Se enrolaba en un barco tras otro, de ordinario para largas travesías, y ni siquiera durante los breves lapsos en tierra era capaz de pasar una semana en el mismo sitio. Su temperamento se lo impedía. Según descubrí años más tarde, gozaba de legendario renombre y afectuoso recuerdo en todos los burdeles de las costas cantábricas, y quién sabe si también allende los mares.

—De modo que tú eres mi sobrino Juan...

—Sí, y tú mi tío Beppo.

—¿Sabes que tienes el mismo nombre que mi padre?

—Qué va, el abuelo se llamaba Giovanni.

—Si es lo mismo, tonto, Giovanni es Juan en italiano.

—¡Anda! Pues no me lo habían dicho nunca...

—Mañana temprano te voy a llevar al cementerio, a ver a los abuelos, y luego a la playa de Berria, y luego al puerto, y luego al vermú.

—No puedo, tío, tengo escuela.

—Tú no vas a la escuela mañana.

—¿Por qué?

—Porque lo dice Beppo Scatagliota.

—Pues a ver si vienes más veces a vernos, tío...

Aquella mañana, camino del cementerio junto al tío Beppo, todo era aún más bonito que de costumbre. Pensaba en mis compañeros de escuela —ya estarían farfullando el avemaría o cantando el *Cara al sol* previos

al comienzo de las clases— con una mezcla de compasión y mezquindad, incluso dediqué un recuerdo a mis dos o tres enemigos: ¡que se jodieran! Percibía en los hierbajos que crecían al borde del camino un color particular, de superior brillo y viveza; las hojas de los árboles danzaban con mejores bríos, el viento que enfriaba mi rostro me proporcionaba un vigor especial, y hasta el asfalto parecía menos feo que otras veces. El sol ni se veía, pero era un día radiante.

El tío no vaciló un instante en aquel laberinto de criptas, nichos y panteones; conservaba bien guardado el camino en su memoria. Era tal el sosiego del lugar, tal la paz que brotaba de los cipreses, que uno se sentía dichoso solo con estar allí. Asombra que un sitio de tan amarga índole, testigo de incontables desconsueltos, donde tanto se ha llorado a padres, hermanos e incluso hijos, pueda procurar semejantes sensaciones.

Con paso lento pero resuelto —la grava crujía mansamente bajo nuestras suelas—, Beppo sorteó escollos hasta alcanzar la tumba de los abuelos. El sol afloró entre las nubes. Se agachó despacio para emplazar a los pies de la fosa las hortensias azules que había podado en casa antes de salir, se irguió, inclinó un poco la cabeza y comenzó a comportarse como si yo no estuviera. Si al principio no podía distinguir bien los susurros, al rato me acomodé a ellos:

—Ya sé que llevo diez años sin venir a veros, pero os tengo siempre en mi recuerdo. Cuando estoy triste, padre, evoco las veces que me subías a tus hombros; me sentía el rey del mundo viendo todo desde allí arriba, y al poco la tristeza pasa. Perdona que no alcanzase a arreglar lo de Alfonso, yo era muy joven. Excúsame también si no supe ocupar tu lugar, ni el suyo; de veras te digo que hice cuanto pude, menos mal que Renzo espabiló enseguida y quedé libre para marchar, este pueblo me estrangulaba, me asfixiaba, me mataba a pocos... Quise hacerte caso, madre, procuré buscar una buena chica, pero es que paso la vida en la mar, y ahí

jamás hay mujeres, ni buenas ni malas, y cuando el barco enseña y pisamos tierra, disculpa y consiente que lo diga así de claro, traigo tantas ganas de hembra que no gasto tiempo en pensar si son malas o buenas las que me tropiezo, aunque si me lanzo a expresar la verdad completa os diré otra cosa más: ¿sabéis por qué nunca me he casado? Por temor a fracasar, a ser incapaz de forjar un vínculo como el vuestro, que tanto os amabais y comprendíais, que tan bien os cuidabais y respetabais. Renzo ha tenido mejor suerte o ha sido más arrojado, yo me alegro por él, ya sabéis vosotros cuánto le he querido siempre...

De tanto en tanto se oía el gorjeo de un gorrión. Fantaseé que se trataba de un pájaro sabio, instruido en la lengua de los hombres, que esclarecía el alegato de tío Beppo para la fauna y flora del camposanto.

—... Una noticia que te alegrará, madre, es que hace ya muchos años dejé lo de las rifas, no ganaba para sustos, y total, para cuatro perras que sacaba... Perdona los disgustos que te di, pero sábetete que Mateo el de la Rubia, ese cabrón, me engañó cuando el asunto de las gallinas: dijo que eran muy viejas, no valían ni lo que comían, me hacía un favor comprándolas, por eso me conformé con tan poco dinero, yo qué sabía... —El tío experimentaba uno de sus disparatados enardecimientos: su voz se elevaba, el rostro enrojecía—. Y luego las revendió por el doble, como le pille le estrangulo, ¡le mato mil veces!, ¡hijo de la gran puta!, ¡schifoso, pezzo di merda, figlio di buttana!, ¡vaffanculo...!! Excusa, madre, mi vocabulario... —La voz y el color de Beppo regresaron a sus cauces repentinamente—. Disculpa tú también, padre, me enseñaste que nunca debe un hijo hablar así en presencia de su madre, pero ya sabes lo duro de mollera que soy, aprendo una cosa hoy y la olvido mañana, qué le vamos a hacer. Tengo una buena noticia también para ti. Hace cosa de tres meses desembarcamos en Trápani y visité a Paolo y Andreas, los hijos de tu hermano Pietro, que, aunque ya viejo, conserva buena

cabeza: pasa las tardes en el Café de Ambrosini mirando por encima del hombro a los jugadores de naipes o dominó; él solo juega ajedrez y dicen que es muy bueno. Cuando alguien consigue vencerle, cosa que sucede de año en año, se agarra un berrenchín de niño chico y luego no puede dormir y les toca a los primos aguantarle. Por lo demás, les va bien a los primos, se casaron con las gemelas de Moretti, el de las salinas, y han montado un consorcio de anchoas en conserva. Porfiaron en que me quedase a trabajar con ellos, y bien se lo agradecí, que es de bien nacido ser agradecido, pero esta alma mía de siciliano errante no me deja estar quieto, soy perpetuo fugitivo, fugitivo tal vez de vuestra ausencia: padre, madre, daría diez años de vida por veros una vez más y sentir vuestras carnes abrazadas a las mías...

El sol se ocultó y una llovizna saludó al cementerio. De nuevo dejé correr la fantasía: eran los pájaros del cielo —el traductor, el primero— quienes lloraban esa lluvia, enternecidos por la nostalgia limpia del tío Beppo.

—Gracias por vuestro calor hondo, por enseñarme a vivir, por mostrarme que el bienestar depende menos de aquello que nos rodea que de nuestro propio interior, gracias por revelarme que no es más feliz quien más tiene sino quien menos necesita, y por señalarme un día y otro, con vuestros meros actos, el inmenso privilegio del hombre: gozar los olores y colores de este mundo, los montes, los árboles y las flores, la alegría de los pájaros, la nobleza de los perros, la lluvia y el cielo, el sol y los mares... Os llevo siempre en mi pecho, conmigo camináis mares y tierras, y así seguiremos los tres juntos mientras las piernas quieran sustentarme y los brazos socorrerme.

Se oyó a lo lejos el estrépito de un barreno en la cantera, y yo entendí que el monte, tan conmovido como los pájaros, celebraba la elocuencia de Beppo.

Volvió hacia mí sus ojos rutilantes, llorosos, vivaces. Atrapó mi barbilla entre su pulgar y su índice, y al

viento del recuerdo me dedicó una sonrisa sin vestigios de amargura.

El tío Beppo tendría sus defectos, pero sabía amar la vida.

Del cementerio a la playa no había más de cien pasos. La marea estaba baja, subiendo; el Cantábrico, revuelto, aunque menos que otras veces. Trepamos a una roca y nos acomodamos sobre ella. En el horizonte se apreciaba la remota silueta de un barco pesado. Allí sentados, cara a la mar y al viento, contemplando la blancura de las olas y escuchando sus rumores, el tío siguió desparramando retórica. Acaso abrumado por su monólogo fúnebre, o pretendiendo refrescarse el alma en cuestiones livianas, o más llanamente por el sencillo placer de ejercitar su arte preferido, se entregó a ensartar embustes. No impacientaré a quien me lea desgranando aquí nuestro diálogo, semejante a un partido de pimpón entre contendientes de testarudos recursos: patrañas desde un lado y manifestaciones de suspicaz estupor desde el otro. El testimonio de tío Beppo discurrió más o menos así:

—Fíjate en ese carguero, desde aquí parece que avanza despacio, pero yo diría que va por lo menos a veinte nudos, que no es moco de pavo, claro que estos barcos pesados nunca alcanzan la presteza de un buque corsario. En mis tiempos de capitán pirata tenía un barco pequeño y raudo. A veces otros piratas se reían por lo pequeño; cuando veían que corría el doble que los suyos ya no reían tanto, menuda cara de chasco se les quedaba... Entre los lugares que conocí en aquellos años amé uno sobre todos los demás: el País de las Mil Maravillas. Si quieres, cuando seas más grande te llevo. Había una recompensa de cien mil maravedíes para quien me apresara, vivo o muerto, pero ha *pasao* mucho tiempo, ya no creo que se acuerden. Allí los árboles vuelan, y los pájaros cantan en arameo por la mañana y en otros siete idiomas por la tarde, según el día de la semana (al anochecer enmudecen para que las demás

criaturas puedan reposar tranquilas, libres de su guirigay), y siempre se están muy quietos, como si fueran árboles; algunos hasta tienen las patas enterradas. Los leones comen mansamente en tu mano cualquier golosina que les ofrezcas; sin embargo, se ha de tener mil ojos con las mariposas. Son tan bonitas como las nuestras, pero esas, como te descuides, te zampan las orejas a pocos, las vuelven locas las orejas.

»En el País de las Mil Maravillas fue donde mis bravos corsarios y yo usurpamos el más valioso de nuestros botines. En el reparto me correspondió el mejor lote, para eso era el capitán: un cofre así de grande lleno de monedas de oro, collares, pendientes, la corona de la reina (pobrecita, se quedó sin corona... bueno, qué le vamos a hacer ya, demasiado tarde), brazaletes, sortijas con diamantes engastados, candelabros con velas de rubí que nunca se acaban por más que las enciendas... Espera que haga memoria... sí, había también un pequeño mono *disecao* que años antes había sido Bufón Adjunto de la Corte, y tres frascos de *zamayaguasca*, un elixir mágico que si lo tomas en noche de luna llena te permite ver a los muertos y hablarles, y algunos hasta te responden, te lo digo yo, y si te atreves a beberlo en cuarto menguante frente a un espejo, ves tu propio enterramiento *reflejao* en el cristal. Así, según la edad de la gente presente en el funeral, haces tus cuentas y averiguas más o menos cuándo vas a morir... ¿Sabes dónde escondí el cofre? Qué vas a saber, ni te lo imaginas... lo enterré en nuestra parte del monte, ¡seguro que has *pasao* mil veces por encima sin saberlo!, cuando crezcas me ayudarás a desenterrarlo y te daré la mitad, lo malo es que no recuerdo bien dónde cavé el hoyo, esta cabeza mía... y lo bueno es que, como ya me conozco, tracé un plano para poder encontrarlo sin contratiempos, espera, creo que lo tengo aquí, a ver...

Abrió su billetera, retiró varios papeles cochambrosos y escogió uno. Lo rasgó en dos pedazos:

—Tú custodiarás una mitad y yo la otra; la próxima vez que el destino nos una, desenterramos entre los dos el tesoro y lo repartimos... Me pido el mono, eso sí. Se decía, pero yo no me lo creo del todo, que cada cinco años cobra vida por unas horas, te hace unas cuantas morisquetas y luego regresa a su estado de reposo... Quién sabe, a lo mejor resulta que es verdad.

¿A qué jugaba el tío Beppo? Yo ya tenía ocho años. ¿De verdad creía que me iba a tragar yo esa ristra de faroles? ¿Por quién me tomaba...?

Lo cierto es que tragué más de la mitad. Sin haber cursado estudio alguno al respecto, este admirable autodidacta disfrutaba un lugar de honor entre los virtuosos universales del embuste. Ostentaba un talento natural para el ejercicio del engaño, manejaba con soltura diversos registros dramáticos y, aunque a menudo se le iba la mano —esas mariposas tragaldabas, esos árboles volantes, esos pájaros políglotas—, concertaba mañosamente trolas inverosímiles con otras que bien podían pasar por verdades. Poseía además la destreza de diagnosticar sobre la marcha el punto débil de su contertulio, el don de acertar con ese boquete por donde las mentiras penetrarían sin apuros ni estrecheces. Sabía, en definitiva, qué clase de farsa hechizaría mejor a su víctima.

Mi corazón palpitaba como pocas veces. Tomé el grasiento papel que me tendía y lo inspeccioné con manos burbujeantes.

—Pero tío, si esto parece la factura de un restorán... míralo, aquí arriba pone «Restaurante El Nogal, Buenos Aires».

Curtido en mil y una engañifas, Beppo rebosaba artimañas para plantar cara a cualquier sagacidad inesperada. Dios —o el Diablo, o tal vez su propia erudición en materia de rifas clandestinas— lo había ungido con las prendas de la improvisación.

—Tú lo has dicho: parece. No seas simple, hombre, es un mapa en clave... ¿Qué quieres?, ¿que lo dibuje todo bien claro y luego pierda el papel y cualquiera que

lo encuentre nos robe el tesoro? Mira: estas cifras que ves aquí y que has *toma* por precios (buena señal, eso significa que el plano está bien *camuflao*) representan el número de pasos que hay que dar cada vez que se cambie de dirección. Y las palabras también están en clave: a ver, ¿qué pone aquí?

—«Cangrejos, quince».

—Correcto, ¿y hacia dónde andan los cangrejos?

—Andan de lado.

—Verdad, andan de lado, pero ¿qué es lo que dice la gente?

—Que andan para atrás.

—Exacto. Pues hay que dar quince pasos hacia atrás, ¿ves qué fácil...? ¿Y qué dice aquí?

—«Chuleta de vaca, cincuenta».

—¿Y quién es el único que tiene vacas cerca de casa?

—Venancio.

—Pues eso quiere decir que hay que dar cincuenta pasos en dirección al establo de Venancio...

—¿Y esto otro: «Vino del país, veinte»?

Tío Beppo adoptó el aire de esos maestros pacienzudos, bondadosos, a quienes en el fondo fastidia tener que explicar mil veces las mismas obviedades:

—Vamos a ver, Juan, ¿de dónde viene el vino?

—De las uvas.

—Ahí lo tienes: veinte pasos en dirección al viñedo.

—¿Y esto: «Quesillo de cabra con dulce de cayote, dieciocho»?

Vaciló brevemente y enseguida encontró la salida:

—¡Bah!, eso solo lo puse para despistar...

—¿Y desde dónde hay que empezar a contar los pasos?

De nuevo recurrió a los aires de maestro cachazudo:

—Hay que fijarse mejor en las cosas, Juan. ¿Cómo se llama el restorán...?

—¡Ah! Claro, hay que empezar desde el nogal.

—Eso es. Guarda tú también mi mitad, yo soy capaz de perderla.

—Oye, tío, ¿y por qué no lo desenterramos ya?
Sabía ganar tiempo cuando la musa de los cuentistas lo libraba a su suerte:

—Buena pregunta... se nota que estás en todo, eso me gusta... Yo de pequeño era igual y fíjate lo lejos que he *llegao*...

—¿Por qué no lo desenterramos hoy mismo?

—Porque si entierras frascos de *zamayaguasca* has de aguardar treinta años antes de desenterrarlos, esas son las reglas; de lo contrario, caería sobre nuestras cabezas una terrible maldición.

—¡Jo, tío!, y entonces, ¿por qué enterraste el tesoro?, ¿o por qué no sacaste los frascos antes?

Con claros gestos de enfado —el ceño fruncido, la voz desabrida— el tío me regañó:

—¡Oye, qué fácil lo ves tú todo! ¡Claro, como a ti no te iba persiguiendo la Guardia Real con su cohorte de mariposas antropófagas...! Para que te enteres: venían pisándome los talones. Y para que te enteres más: corrí un grave riesgo deteniéndome a esconderlo, pero esa era mi obligación. La cumplí y salí pitando. Punto final.

—No te enfades, tío.

Sin duda Beppo, que para eso era un profesional, había encontrado no sé dónde unas sobras de prudencia que exprimí hasta evaluar correctamente la situación. Si permitía que le hostigase con preguntas, podría terminar acorralado. Se imponía acabar con eso, disuadirme de seguir indagando.

—¡Si es que no paras de preguntar! ¡Acabas con la paciencia del santo Job! ¡Tú sacas de quicio a la Casa Santa! ¡A Jesucristo y a la Corte Celestial!

—Pero tío...

—¡Calla! ¡*Mi stai sul cazzo!*!

Cuidado, me dije. Habían brotado vocablos italianos, síntoma que solía anteceder o acompañar a los peores estallidos de cólera de mi familia paterna. Además, el tono de voz era cada vez más alto, y sus gesticulaciones daban a entender un enojo superlativo.

Mejor guardar silencio. Sin embargo, yo percibía que algo no cuadraba, y de golpe comprendí. Padre me había brindado una enseñanza poco confortable: era preciso decir lo que uno pensara, al menos a las personas más queridas. Así pues, me la jugué:

—Pero qué dices, tío, tú no estás *enfadao*...

Su expresión de sorpresa resultó muy divertida; la boca se le quedó medio abierta en ademán aletado. Enseguida recompuso el gesto y con pretendida indiferencia, disfraczando su pasmo y su curiosidad, soltó:

—Tú qué sabrás...

—Sé que no te has *enfadao*.

—¿Y cómo lo sabes, señor listo?

—Porque no se te ha puesto la cara roja...

Beppo estalló en carcajadas.

—Oye, tío, ¿de verdad eras pirata?

Asintió con la cabeza:

—Pero no se lo digas a nadie, me meterían en la cárcel.

—¿En el Dueso?

—¡No, hombre...! —se indignó—, en otra peor, el Dueso no les parecería lo bastante segura para alguien como yo... Si hasta Drake se cagaba en los calzones cuando veía en lontananza la bandera de mi buque: dos anchoas en aspa sobre una calavera de merluza... —Beppo no escarmentaba, la prudencia parecía traerle sarpuñidos.

—¿Drake?, pero si ese se murió hace mucho...

—Este que yo digo es el bisnieto, creo que aún no sale en los libros... Todo se andará.

—¿Y por qué te saliste de pirata?

—Aquello era muy *cansao*, y demasiado peligroso...

¡Con decirte que casi era peor que lo de las rifas...!

—¿Tú sabes por qué estuvo padre en la cárcel?

—Sí, por tonto. Pero solo estuvo cuatro meses, no te creas.

—¿Le metió Franco?

—¡Me cago en la Ley Seca! ¡No me nombres a ese hijo de la *buttana*, *mi fa schifo*...!

La yugular del tío parecía a punto de reventar, lo mismo que otra vena que surcaba su frente de arriba abajo. Ahora sí, por su rostro se propagó un intenso color rojo. Exaltado por su furia, solté una bravata:

—¡Cuando yo crezca, se va a enterar ese!

—Cómo se ve que eres un Scatagliota... —dijo el tío, más calmado.

—En la escuela, cuando se enfadan conmigo, me llaman «Scatagliota, cara de idiota».

—Tú solo debes mirarles firmemente a los ojos, con fiereza, así, fíjate bien, y contestar despacio: «Volverán las oscuras golondrinas en tu balcón sus nidos a colgar».

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada, pero así se quedan rumiando qué querrás haber dicho. Y no se atreven a preguntar para no quedar como cretinos.

—¿Y si alguno me pregunta?

—A ese le metes una buena patada en los cojones.

Echamos a andar en dirección al puerto.

—Tío, ¿tú has conocido algún puerto mejor que el nuestro?

—Difícil me lo pones... ¿Sabes dónde está Marruecos?

—Sí, en América... —puesto que su rostro amenazaba burla, agregué—: Me parece.

—Te parece mal, muchacho. Marruecos está en África, lo de allí sí que es calor... Hay en las costas africanas un solo puerto que pueda medirse con el nuestro: el de Essaouira, la perla del Atlántico, una ciudad bien bonita. A lo largo de toda la bahía se disponen cientos, ¡qué digo cientos!, ¡miles de cañones apuntando al océano!, por si alguien llega por mar a tocarles las pelotas. Y son de fábricas españolas: de Barcelona y Sevilla, en los mismos cañones lo dice bien claro.

—¿Y por qué su puerto es mejor?

—¿Pero es que tú no te cansas nunca de preguntar?
¡La que me ha caído contigo! Mañana vas a la escuela,
eso por *descontao*...

Hice el resto del camino en juicioso silencio.

Una mañana, tras haberme aseado y engullido el desayuno con el propósito de plantarme cuanto antes junto a los cachorros, descubrí que solo quedaban dos. Zeta subía y bajaba el monte rastreando al resto de la camada. Cada poco regresaba para cerciorarse de que allí siguiera el par salvo, y entonces asistía yo a una escena turbadora. Zeta vacilaba: buscar a los ausentes o cuidar de los presentes. Apenas se alejaba y ya se detenía, increpaba al viento con dolientes ladridos, miraba los cachorros, gemía, se acercaba con pisar confuso, repartía un par de lametazos y finalmente arrancaba a galope tendido. No tardaba en retornar con la derrota estampada en el gris de sus ojos, el lomo encorvado, temblona, encogida, y vuelta otra vez a la misma encrucijada: permanecer o partir.

Era preciso mucho cuajo para presenciar aquello. Corrí hacia casa y madre me informó:

—Tu padre los ha regalado, no podemos dar de comer a tanto perro. No te preocupes, hijo, van a estar muy bien: uno está ahí al lado, en la cantera, podrás verlo de vez en cuando; otro lo tiene Lastra, el del garaje; cuando crezca cuidará de que nadie entre allí a robar, todos han quedado en buenas manos.

—Pero Zeta está llorando, y los busca por el monte, y tiene miedo de que le roben los dos que quedan.

Con mis atropelladas palabras estimulé ese sublime talento materno para el cultivo de la mentira piadosa.

—No, hijo, qué tontería, estará nerviosa por otra razón... ¿No ves que ella no sabe contar? No sabe la diferencia entre dos y seis. Anda, sal a jugar, pero antes ve al gallinero y me traes cuatro huevos, que tú sí sabes